

XII

CALAIS.—BOLONA

Bernay, 4 de septiembre, á las 5 de la tarde.

Empiezo, amada esposa, por darte otra vez las gracias, pues tus cartas y todo el agradable cortejo que las acompañaba me hacen compañía hace tres días. Las he releído todas muchas veces, y me parece que veo todos vuestros buenos y graciosos semblantes. Era como una simpática aparición de la casa que galopaba conmigo por la carretera. Te doy gracias, Adela mía. Ayer escribí á mi Didi, quien recibirá mi carta mañana, poco más ó menos á esta hora.

Puesto que os divierte mi itinerario, seguiré enviándote esta odisea, canto por canto. Ya toca á su fin y te aseguro que me place. Mi Itaca está al caer.

Así que cerré mi última carta, salí rápidamente de Dunkerque. Vi Gravelines únicamente de noche, pero la villa me pareció de mediocre interés. Adiós, bellas y antiguas calles flamencas. No más techos puntiagudos, no más torrecillas, no más campanarios. Los techos de las casas de Gravelines y la torre de la iglesia dibujaban una miserable silueta sobre el cielo. Hay aquí descanso para las mensajerías. Yo me había dormido en el imperial de la diligencia, y la sacudida que dió el coche al detenerse me despertó. Llovía. Las

linternas de los postillones lanzaban brillantes resplandores á los pies de los caballos.

Al amanecer estaba en Calais. Me detuve para almorzar, y he vuelto allí á mi sistema de cortas jornadas y de cochecitos.

Calais es una de esas ciudades que se gastan de prisa; por eso le ponen todos los días remiendos de casas nuevas y de fachadas blancas. En suma; la ciudad no conserva nada de su antigua fisonomía. El torreón es, empero, un gracioso galimatías de pequeños arbotantes. Sale de allí una especie de campaneo enano que hace dúo como puede con la gran voz del Océano. La iglesia, que es gótica y de hermosísima época, tendría carácter si el campanario no hiciese el efecto de un catalejo reentrado á medias en sí mismo. Nada contiene, fuera de un notable cuadro de la Flagelación y un altar mayor de mármol, que es del siglo xvii por la fecha y del xvi por el estilo.

No he visitado la ciudadela de Calais ni la de Dunkerque. En mi viaje no he visitado ninguna ciudadela, aun cuando el camino estaba infestado de ellas. Hasta el día en que yo haga la guerra, una ciudadela no será para mí más que una colina deformada, cortada á cordel, dividida en secciones rectas, murada y cubierta de césped geométricamente y pasada al estado clásico. Ahora bien; á mí me gusta la curva como Dios la ha hecho, la hierba en donde brota, la maleza en donde el viento la siembra, el declive caprichoso, la verdura libre, y Shakespeare. Me gusta la peña, odio el muro; me gusta el torrente, odio el foso; me gusta la escarpa, odio el talud.

En Amberes todo el mundo os pregunta: —¿Ha visto usted la ciudadela? Yo respondía: —Sí, la catedral.

Si me preguntan: —¿Ha bebido usted buena cerveza en su viaje por Bélgica? Yo responderé: —Sí, en

Francia. He bebido excelente cerveza, efectivamente, en el hotel Dessin, en Calais. En Bélgica, toda su cerveza, cerveza blanca de Louvain, cerveza oscura de Bruselas, deja un sabor estrafalario. Los ingleses la encuentran demasiado cargada de lúpulo. Vaya por el *lúpulo*, pero sabe horriblemente. En cuanto á su vino (el belga), sabe á violeta. Entra en él más acoro que uva. La verdad es que eran unas bebidas detestables. Yo huía de la una para refugiarme en la otra; pero, en conclusión, prefiero la cerveza blanca al vino azul.

De Calais á Boloña sólo se encuentran diligencias inglesas con sus cuatro caballos guiados por largas riendas al galope y su cochero encaramado oblicuamente en el coche, como la pluma en la oreja de un escribano.

La primera que vi se intitulaba *La Oposición*. Un instante después pasó otra que se denominaba *The Telegraph*, y que llevaba en lo alto un viajero alto y delgado, el cual gesticulaba mucho. Yo presumo que aquel sujeto llevaba á Londres alguna noticia importante.

El trayecto de Calais á Boloña es un delicioso paseo. La carretera corre á través de los más hermosos paisajes del mundo. Las colinas y los valles se hinchan y se abajan en magníficas ondulaciones.

En las alturas se goza de inmensos espectáculos. Divísase hasta perderse de vista una escalonada sucesión de campos y prados cosidos los unos á los otros; extensas llanuras rojas, extensas llanuras verdes, campanarios, aldeas, bosques que presentan de cien maneras sus grandes trapeacios sombríos, y siempre, allá en el fondo, á occidente, un hermoso hueco entre las colinas que el mar llena como un vaso.

La carretera desciende, todo cambia, y entramos en lo pequeño, en lo limitado, en lo bonito; tres árbo-

les os limitan el horizonte. O es una alquería con su muladar y su carreta con las cuatro ruedas fangosas y enmohecidas; ó un cementerio lleno de cicuta en flor, cuya vieja pared hace vientre del lado de la carretera. Ya nos hallamos en una avenida baja de gruesos manzanos, cuyas ramas azotan alegremente el coche; ya pasa junto á un seto, del que salen como dedos crispados esas raíces que agarran tan bien la tierra y que tanto le gustaban á Alberto Durero. Vuélvese á subir, y se encuentra otra vez el cielo, la tierra, el mar, el infinito. Verdaderamente quedo deslumbrado, cada día, por todas las maravillas que hace Dios con verde y azul.

Poco más ó menos á mitad del camino, desde la cumbre de una elevada cuesta que la carretera sube, vi á lo lejos como una larga serpiente de bruma con escamas de sol aquí y allá, tendidas en el horizonte en el límite del mar y destacándose sobre un nimbo de bruma menos oscura. Era Inglaterra. Un coleccionador de mitos hubiera visto en ello un símbolo. Yo he visto simplemente una hermosa costa, que es oscura de lejos y que de cerca sería blanca, *Albión*.

La entrada, ó por mejor decir, la bajada á Boloña es admirable. Se deja á la izquierda una antigua fortaleza, cuyas torres, que tenían una corona de almenas, no tienen más que una corona de árboles. No deja de ser muy hermoso todavía. Es lástima sólo que los arquitectos *de la localidad* construyen, sobre aquellos viejos árboles y sobre aquellas antiguas torres, un no sé qué estúpido y feo que tiene unas columnas.

Pasada la fortaleza, nos hundimos en una calle casi cortada á pico y que te hubiera hecho gritar de miedo, Adela mía, pero que es muy pintoresca, y, mientras se baja, se ven por encima los techos de la ciudad, que está graciosamente adosada á ciertas

altas dunas, desde donde contempla todas las tardes al sol que se hunde en el Océano.

En esa bajada hay una agradable confusión de gritos de mujeres en los coches, de juramentos de los cocheros, y de palos y de olas á lo lejos, y de chimeneas que humean y de vidrios que brillan. Es una sensación muy complicada y agradable.

Cuando volvamos juntos á Boloña, querida esposa, no te conduciré al *Hotel del Norte*. El *Hotel del Norte* es una mediocre posada con grandes pretensiones, donde se paga muy cara una mala cama, y donde los mozos son de una rara impudencia. Quedé indignado de sus maneras con una familia de pobres viajeros que entraron allí por equivocación, los cuales, muy inquietos por los probables altos precios de las comidas, se ingeniaba en hacer nada más que una por día. Esto dió motivo á odiosas burlas de los mozos. No pude evitar el decirles cuatro frescas, sin violar mi incógnito, se entiende. Decididamente odio más cada día los grandes hoteles, las grandes ciudades, los grandes señores y los grandes lacayos. Todo eso es insolente, vacío y huero. Ahora bien; los tales mozos, con sus ademanes británicos, no llegaban siquiera á lacayos, como he tenido el honor de llamarles. No eran más que unos pobres rústicos picardos barnizados con no sé qué lustre inglés.

En Boloña me paseé largo rato por la orilla del mar. Siempre arena, y, de consiguiente, no había guijarros, ni tampoco conchas, lo que me disgusta mucho, *Totó* mío. Desde Ostende la arena del mar se ha declarado en bancarrota para ti.

Vi el sitio donde se hundió tan espantosamente hace dos años aquella fragata *Amphitrite*, que creía, al dejar Inglaterra, llevar mujeres á Botany-Bay y que sólo llevó algunos cadáveres al cementerio de Boloña. ¡Pobres mujeres! ¿Perdieron en el cambio? No lo sé.

Pues parece que los hombres, que sólo son ladrones en Inglaterra, se convierten en antropófagos en Botany-Bay. ¿Leíste la horrible historia de aquel Broughton en los diarios? ¡Triste cosa! Nos perdemos en nuestros perfeccionamientos. Ahí tienes á la civilización que hace salvajes.

En el sitio en que se hundió la *Amphitrite*, yo encontré también un cadáver, una pobre mosca naufragada. Te la envío. El Océano se había divertido en arrojarla á la duna. No le costó gran cosa más la fragata.

¿No te parece, Didi, que es muy bonita aún la pobre mosca?

La costa es magnífica en Boloña. Yo la consideré por mucho tiempo desde la punta de la estacada. Ya no es la duna baja y gibosa de Ostende. Es una alta y noble colina de tierra obscura, que la hierba pinta aquí y allá de verde, que las olas han recortado en forma de enormes gradas y que baja hasta el mar como una escalera de Titanes. La ciudad apenas si alcanza con dificultad la cima. Algunos pobres techos de paja se apiñan á lo lejos en los picos de aquella gran duna. Hay también algunos molinos que se ocultan, vueltos hacia la tierra y adosados á los resaltes del declive. Pero en vano tratan de abrigarse, porque el viento del mar los toma al pasar por la punta del aspa y les hace dar furiosas vueltas.

Cuando llegué á la extremidad de la estacada, el paquete de vapor acababa de salir del puerto. Apenas se le distinguía á lo lejos por la pequeña nube negra que salía de su chimenea por el lado opuesto al cielo. En la cúspide más apartada de la duna, veía humear al propio tiempo el techo de una miserable cabaña. De una parte había una admirable máquina que cambiará la faz del mundo; de la otra había la marmita de un campesino. Y en el horizonte no resultaban más que dos humaredas.

En aquel instante pensaba en todos los amigos que acabo de perder y que se desvanecieron también como humaredas; los unos soberbiamente, como el buque; los otros modestamente, como la cabaña. Yo estaba triste y apesarado. Ves, querida esposa, sin contar á mi pobre Eugenio, que era bastante más que un amigo, ascienden á cuatro en menos de cinco meses: Fontaney, tan inteligente; Maynard, tan chispeante y tan noble; D'Arnay, aquel pobre y bondadoso muchacho tan gracioso; y, en fin, apenas hace pocos días, Fossonbroni, tan joven, tan modesto y tan inteligente; todos buenos, generosos, adictos; todos muertos cuando apenas habían empezado á vivir. Exceptúo á Fontaney, que había sufrido y había vivido de consiguiente.

¿Dónde están ahora? ¿Piensan en nosotros que pensamos en ellos? ¿Nos echan de menos y nos desean? Ahora saben que les he querido de veras; Maynard sobre todo, que cometía la injusticia de dudarle alguna vez, única culpa de que puedo acusarle. ¡Ay, pobre esposa mía! ¡Cuánto ha sido sacudido ese árbol de los vivos á nuestro alrededor! ¡Cuántas hojas caen! ¡Cuántas ramas se rompen!

Yo me hallaba en presencia del Océano y de la faz de Dios y estaba lleno de esas ideas. Y aun estoy lleno de ellas. Proseguiré en otro momento. Déjame acabar aquí esta carta. No quiero entristecerte.

Te abrazo tiernamente, Adela mía.

XIII

ETAPLES

Bernay, 5 de septiembre, á las 9 de la mañana.

Estoy todavía en Bernay, y me apresuro á escribirte, pues temo que el final de mi última carta te haya dejado una triste impresión. No quiero enviarte impresiones semejantes, sino mucha alegría; la risa y la felicidad te van tan bien, Adela mía.

Salí de Boloña anteayer, con uno de esos admirables cielos nebulosos y resplandecientes que arrojan sobre la tierra como una gran piel de tigre hecha de luz y de manchas de sombra. La ciudad alumbrada de este modo estaba maravillosamente linda. Todas las noches llueve; pero con el día vuelven el sol, el cielo azul y los paisajes. *Nocte pluit tota, redeunt spectacula mane.* Esto es Virgilio para mi laureado Charlot.

Una sola cosa estropeaba aquel conjunto de mar y tierra, de techos, jarcias y velas. El horrible pastel en forma de columnata con que han coronado su ciudad. En cuanto á la columna de Boloña, no hace bien ni mal. Es una construcción de piedra y nada más. Pues en Boloña tienen una columna, una especie de columna Trajana, sin las esculturas, sin la grandiosidad y sin Roma.

Me ha favorecido más hermoso sol en Boloña que